

La Gorda, Cap II Seúl

Marcos Mosteiro



Capítulo 1

II. LA GORDA

Aterricé en el aeropuerto de Barajas algo confundido, en lo que resultó ser una preciosa tarde de invierno promiscuo. La noche anterior, en Candelaria, el calor había sido agobiante, razón por la cual decidí volar suelto de abrigo y ligero de equipaje. Pasé ese día a pura rabia, entre tareas típicas de viaje: sacar y poner ropa, pesar la valija, juntar papeles, seguros, permisos, hoteles, discos y libros. Sobre todo, libros. No sabía cuales ni cuántos llevar. Tenía pensado releer algunos pasajes de *Un mundo feliz* o *1984*. La ocasión flaneur lo ameritaba, pero meses atrás había prestado ambas novelas a una buena amiga de la universidad. Sucede que mi válvula a Europa se resolvió en las navidades, esas horas promisorias en las que *todo parece una gran víspera*, y de forma impulsiva, precipitada, a causa de un imprevisto (digamos) notoriamente previsible. Descartados los futuristas, me incliné por los beatniks: *Naked Lunch* y *Junkie*, del viejo Bull Lee, William Burroughs, y *On the Road*, de Jack Kerouac. Yo, que creo en el mundo, más de una vez me he sentido solo (*¿Era Picasso aquél que pintaba el futuro?*). A la tarde vino a despedirme Andrés. Coloqué las camisas planchadas y perfumadas encima del resto de las cosas y cerré las maletas como pude. Merendamos té con leche, y jugamos a trazar y unir puntos sobre un mapa físico-político de Europa que había robado del colegio Espíritu Santo, un martes, cuando los alumnos corrían en el recreo de las 10.15 AM. Nos abrazamos fuerte y partí rumbo a Ezeiza.

Mi compañera de vuelo se llamó Ainea. Era argentina pero vivía en Donostia, cerca de la concha; volvía a su hogar luego de una larga temporada en Baires. - "Vine a pasar el verano acá, en el campo", me dijo entre bostezos de despegue. Rubia natural, de mirada castaña y agudo sentido del humor, se convirtió rápidamente en una compañía perfecta. Cuatro, cinco kilos por encima de mis preferencias sexuales y raqueticas, es cierto, aunque la magia del escenario ayudaba a idealizar y digerir el cuadro. De mi parte, debo admitir que estaba bastante colocado. El rivotril de 2mg. que había ingerido minutos antes comenzaba a hacer efecto. Es escandalosamente fácil hacerse de un blíster con "pasta": todos tenemos un adicto a las píldoras cerca de casa, o dentro de ella. El *rivo* (*cariñosamente*) es la marca del laboratorio Roche para el Clonazepam en Sudamérica, Canadá, India, y Australia. Se trata de un fármaco de tipo benzodiacepínico, con acción depresora del sistema nervioso central, y propiedades ansiolíticas y anticonvulsivantes. Su fama ha crecido a límites insospechados y actualmente funciona como brazo armado de la psiquiatría occidental. Ha suplantado al Prozac (*¿Soma?*) si de felicidad se trata y su reinado es cosa seria: el clonazepam se indica para el tratamiento de crisis mioclónicas, ausencias de tipo epiléptico, crisis convulsivas tonicoclónicas, ataques de pánico, perturbaciones del sueño

como el insomnio y adicciones varias. Su adhesión a las proteínas es alta, de modo que cuando viaja por sangre es tan certera como un chute de heroína en plena vena. Nunca rimé con las inyecciones de todas formas; odio las agujas, los médicos y los malditos laboratorios.

Las piernas se aflojaron y la función depresora de la droga se traducían en armoniosos diálogos con Ainea. Me relamía esa sonoridad elegante, propia de diptongos y pirineos. Me contó de sus navidades en Nueva York, de los paseos fríos y nublados por Central Park con su madre, Rita, luego de arrasar con varias de las tiendas en liquidación de la quinta avenida; - "Es curioso, porque los carteles luminosos en inglés indican SALE, y nuestro tercer ojo, que siempre ve todo en castellano, lee ENTRAR. Qué cosa extraña el lenguaje: ¿no crees? En ciertas articulaciones considero que sí, que Saussure tiene razón cuando dice que los significantes funcionan por oposición, pero el universo semiótico lo rechaza y lo mira de reojo, con cierto desprecio. Están muy en boga esas posturas sociales de la lingüística que hablan de diversidad y pluralidad cultural pero yo creo que son puras patrañas". La observación me dejó perplejo, y asentí moviendo la cabeza, sin saber muy bien que decir al respecto. Su novio era jugador profesional de rugby de algún club europeo y de esos ingresos comían y viajaban por el mundo. Beneficios de la comunidad que un año atrás inducía a Grecia, España y Portugal a *flexibilizar* el gasto público. Ainea era una de esas reinas de la pampa húmeda que poco tenían que ver conmigo; cuando reparé en ese *detalle*, INMEDIATAMENTE surgieron algunas mentiras de mi boca; en especial aquellas que refieren y miden el índice de éxito en una persona: lugar de residencia, obra social, auto, empleo y demás formalidades. Solo quería causar una buena impresión. Ahora que soy grande doy fe de ello: las apariencias engañan pero lo son todo. Después de cenar un correcto menú de aviones, cerré los ojos y la boca, pero lejos estuve del *nirvana*. Así es el rivotril: si uno no logra dormirse a la primera ola, solo queda surfear en un océano de dudas y alucinaciones. Allí estaba yo, solo y a treinta mil pies del nivel del mar, cruzando el Atlántico en la negrura de la noche, brillante y desplomado al mismo tiempo sobre el asiento número 18 del vuelo 6125 de Aerolíneas Argentinas, destino Madrid, sin dejar de pensar en el dinero de la riñonera y las personas que había dejado en Buenos Aires.

Durante mis tóxicas vacaciones en Pinamar alquilé por dos pavos una auténtica casa en construcción, de dos plantas y literalmente partida a la mitad. La escalera en caracol se hallaba cercada por el dueño y los materiales de trabajo, esparcidos por todo el primer piso. Situada melancólicamente en la colina de eucaliptos, allí pasé tardes de diciembre solitarias y abstraídas. A todas luces, la vivienda no parecía un lugar suave ni habitable, pero yo advertía en ello una acertada parábola de mi vida. De alguna forma, su aspecto demacrado lograba recrear un sórdido ambiente familiar, tal como sucedía en aquel cuento de Julio Cortázar que recitaba mi abuelo Cacho cuando quería asustarme, solo que yo, esta vez, invertía los términos y tomaba la casa. Era primero de enero a las nueve

de la noche en los relojes de la urbe y comenzaba a escribir cosas sobre el agua cuando mi celular sonó al ritmo de *Bittersweet Symphony*, aquél hit de Richard Ashcroft al que los abogados de Mick and Keith llamaron plagio: *¿Te has sentido triste alguna vez?* Los fuegos artificiales encendieron las estrellas y tras la onomatopeya tecnicolor, vislumbré el vacío sin telescopios; - "Bro, felicidades, habla Alberto. ¿Te has dado cuenta que todos los años brindamos por deseos que han sido vulnerados? Diciembre es el mes de los suicidas, pero he resucitado una vez más: blanco, y con la boca seca; aborrezco este clima hedonista y la humedad, ya sabes, fatal. ¿Cuál es tu situación?", y yo respondí con la lectura del texto mojado a punto de caer, aquellas rimas subterráneas que giraban como piedras en mi cabeza. *Me gusta*, dijo del otro lado, *tiene densidad*, y al día siguiente apareció en la puerta junto a Sebastián, ansioso por sumarse al vértigo, con un bolso lleno de narcóticos y una pila de libros de factura local y contemporánea. Entre ellos descubrí *Historia del Dinero*, de Alan Pauls. Fue el primero que escogí y la segunda vez que tuve suerte: una novela hardcore, racional y anti-popular, donde las escenas de sexo eran reemplazadas por billetes y sutiles engranajes de la cultura económica anclada en los setenta. Lo leí de un tirón, en cualquier horario y escenario: playas, bares, asados en el living, noches blancas, almuerzos sin dormir. Me había fascinado *la forma* en particular, eso de empezar y no acabar nunca con la subordinada, sin capitular. Lo cierto es que concebía el dinero *en esos términos* cuando tuve mi mañana en el Abasto, el sábado dos de febrero, tres días antes de emprender vuelo. Recién volvía de la costa, y había quedado en ir junto a Óskar (incondicionales a Kurosawa, así dictaron sus padres en el registro civil; grandísimos clientes) hasta una cueva del barrio porteño más cosmopolita a cambiar pesos argentinos por euros del viejo continente. Hicimos muy rápido: unos veinte minutos y ya andábamos por Congreso. Es como si el tráfico nunca hubiese existido: temporada de empleados, un calor de mil demonios, recuperatorios escolares, y nadie trabajaba. Solo unos pocos judíos pateaban las aceras, engalanados en trajes de cuatro puntas, cabizbajos, en miras de la sinagoga más cercana, escondidos entre la barba roja y sus gorras kipá. Algunos borrachos con excesos de viernes bebiendo seven up o agua mineral en las estaciones de servicio. Nadie más por el centro (*¿No sufren el calor esa clase de hombres?*). Bajé la ventanilla del vehículo y alcé mi cabeza hacia afuera, en busca de aire puro. En esa fracción de segundo, mis ojos desnudaron al parlamento y los defectos civiles hicieron eco en el capot hasta cegarme por completo. - "*Habitantes, delegad su voluntad al soberano, ¡libertad de multiempresa!*" , grité con ímpetu, y acto seguido, Óskar giró a toda velocidad en Entre Ríos y Rivadavia, una de las esquinas insignias de la city: La confitería del Molino, un fastuoso edificio de herencia belga, exponente fiel del **Art Nouveau** y de la vanguardia de la *Belle Epoque*. Su diseño y desarrollo corresponden a Francisco Gianotti, arquitecto al que también debemos obras como la galería Güemes y el actual banco Comafi. El edificio fue incendiado durante la asonada militar de 1930 efectuada por el General José Félix Uriburu, transcrita en los manuales escolares como

“Restauración Conservadora”, por considerar a la burguesía Brenna (propietaria del edificio, y abocada a la fina pastelería italiana) aliada del Yrigoyenismo paternal. Serían días difíciles para las clases populares también, harta de pasteles y de frases en clave *María Antonieta*, pero eso es otra historia. A mediados de los sesenta, el café del molino fue remodelado gracias al empuje de un sector de la sociedad civil formada en el Di Tella y preocupada por los signos estéticos; así permanecería abierto al público hasta el 24 de enero de 1997, día en que cerró sus puertas hasta entonces.

Oskey siempre fue un gran portero, de buenos reflejos y corto de vista. Una paradoja intrínseca del fútbol: sin lentes no leía lo que tenía enfrente, pero debajo de los tres palos era capaz de sacar una bola a quemarropa. Trabajaba en una sucursal del Banco Provincia, cerca de la estación Lanús, sobre 9 de julio, la calle más transitada de la localidad. Y antes del banco había cumplido tareas similares en el Bingo de Avellaneda. Óskar convivía a diario en el círculo vicioso de la especulación y el dinero negro, esas enormes cantidades de papel impreso sin destino ni nombre. Mientras ascendíamos por Balvanera hacia las cuencas de Once, yo escuchaba muy atentamente una sentida versión de *Años*, aquella canción firmada por el cantautor cubano Pablo Milanés, y que tanto le gustaba a mi padre: *El tiempo pasa, nos vamos poniendo tecnos*. Luca había modificado una sola palabra: “tecnos” por “viejos” y electrificaba el cuerpo sonoro de la pieza. Tras ello, el sentido de la obra encontraba un nuevo horizonte, dolorosamente incómodo, pero la tecnología no es otra cosa que la prolongación de un cuerpo humano. Marshall McLuhan había reconocido ya en el telégrafo a la hormona social básica, el aparato receptor que inauguraba “la era de la angustia”. Y en rigor a la extática, así marchábamos los dos, percibiendo ruidos del tiempo a través de Luca Prodan, y sentados en un coche que miraba hacia el futuro con su *espejo retrovisor*. Previo a la operación cambiaria, insistí a Óskar a detener el paso. Quería visitar la casa en la que Carlos Gardel viviera sus años mozos: Jean Jaures 735, allí donde el musculo de la sangre bombea nutrientes a las calles del sur. Mi amigo aceptó a regañadientes y estacionó su Fiat 147 justito a la vuelta del antiguo mercado. Lo que fue el nido del zorzal es ahora un cálido museo en el que se exhiben algunos de sus bienes personales (guitarras, trajes, púas, peines y objetos así); legado que actúa como huellas de nuestro propio devenir. Gardel había comprado la propiedad en 1926 a un amigo francés, en el marco de una gira europea con epicentro en París. Llegó a costarle 50 mil pesos, de los cuales abonó cinco mil al contado y el resto, como suele decirse, en cómodas cuotas y amables tasas de interés. Recién en 1927 se instaló en el domicilio. Una década atrás, la morada había servido como prostíbulo en el que deambulaban poetas y mandras, y en 1918 se transformó en una sastrería para señoras. Según los planos originales, el terreno medía 7,65 metros de frente y 28,45 de largo. Gardel conocía bien esos límites: desde 1910, antes de la fama y de la ley Sáenz Peña, solía juntarse con sus amigos matones en el mítico café O'Rondeman, ubicado sobre Agüero

y Humahuaca. En una de esas noches de arrabal, Gardel fue herido de un balazo en el tórax por el tío del Che Guevara.

La colección conserva intactas la cocina y la sala de planchados, detalle galo del hogar, pero mi ensoñación estuvo aglutinada en el delicado patio interno frente a las escaleras y un piano desvencijado. Sentado en el balcón de pino y barniz, comencé a ensamblar el clima de época y las historias arrancadas del patín como si se trataran de partes de un rompecabezas: las oligarquías, los pasos de baile, el sonido dulce del marfil, el espíritu unitario y las directivas azules de Torcuato de Alvear. Pero de pronto, todo ello me resultó tan *artificial* como *asimétrico*, porque Gardel no fue argentino de papeles. En realidad, no pertenece a ningún lugar y existen dos teorías al respecto: una afirma que nació en Toulouse el 11 de diciembre de 1890; y otra que fue en Tacuarembó, Uruguay, el mismo día pero en 1887. Macedonio Fernández dijo alguna vez que el tango fue lo único que hicimos sin el consentimiento de Europa, pero *las cosas tienen movimiento*. Quizás, los secretos del país puedan revelarse en las posturas del lunfardo y la tinta repare en crónica, nuestra derrota cultural anunciada después del bandoneón; intelectuales incrédulos, sugieren, incluso, que el género musical fue importado de contrabando por marineros finlandeses a fines del siglo *realista*. Y como prueba categórica, citan la obra de Aki Kaurismäki. -"Vamos, se hace tarde. Además, estas reflexiones me recuerdan mucho a las de Emilio Renzi acerca del *Facundo*, nuestro pecado original. Este país transpira vanidad en el uso de las citas y de los héroes", dijo Oskar, serio y con los dientes apretados. Hice caso y pase al volante.

Después de comer facturas en un local de comidas rápidas, por fin llegamos al hostel 25 de mayo, donde vivía Miguel, un ex compañero de trabajo de Óskar. Habían compartido espacio y tiempo en ese antro del vicio y la perdición que era el Bingo. Tocamos trompeta y tardó un buen rato en atendernos. Abrió el portal descalzo y en cueros, con un short de Huracán, lagañas en los ojos y visiblemente atormentado. "Encantado, pasen, encantado" Repetía todo dos veces, como si se tratara de un tic nervioso y una escena de *Goodfellas*. "El departamento está hecho un lío; acabo de separarme de mi novia y todas sus *pertenencias* están dispersas por ahí, jajá. Ojo donde pisan, Ojo". Parecía un chico regular, y se reía con facilidad. Por lo pronto, afrontaba con calma su viacrucis afectivo y utilizaba palabras en desuso como *pertenencias*. Ahora trabajaba uniformado en el equipo de botones de la cadena Marriot, en turnos rotativos frente a plaza San Martín, a una cuadra de la torre Kavanagh y a pocos metros de Retiro. Óskar y Miguel intercambiaban anécdotas de un pasado pisado por otros, cuando de golpe, percatados de mi presencia (*leiv motiv* de la *entrevista*), uno de ellos soltó: "*Bueno, vamos a lo nuestro*". De hecho, la frase condensa la práctica del *negocio*. *Lo nuestro* no era otra cosa que una transacción ilícita y cotidiana, incrustada bien al fondo del inconsciente colectivo. El gobierno nacional había puesto en vigencia un mecanismo jurídico mediante el cual *nadie* podía obtener

divisas extranjeras en forma legal y al valor oficial. El cepo solo favorecía al incipiente mercado paralelo, siempre especulativo, asociado a la paleta pastel del liberalismo barroco. Colores tenues, azules, verdes o rosas, y todos en inglés. Naturalmente, AFIP jamás consentiría la solicitud de cambio de divisas que redacté en la playa, de modo que aquí me ven, estafado e ilegal, en un hotel hecho pedazos por la humedad junto a Miguel, el botón carismático, *haciendo negocios*. Entregué un fajo enorme de billetes valuado en 40.000 pesos y obtuve unos pocos, poquísimos e irregulares papeles, que ascendían casi a cuatro mil euros. La devaluación no solo es tangible, sino que además, pareciera indestructible. La espiral inflacionaria, vejatoria de monedas en vías de desarrollo, fue diseñada por banqueros como Rockefeller hace más de cien años para cimentar un efectivo régimen acreedor y obtener así, ganancias forjadas de carne, hueso y corazón: casas, automóviles, ropa, mercadería, acciones en la bolsa, nuevos dólares. Lo que define la ecuación es el interés, tan decisivo e imperceptible como principitos y paralelos, y lo esencial, *dicen*, es invisible a los ojos. De manera que el dinero es deuda, y siempre corremos detrás de él, haciéndonos mala sangre, sin dejar de trabajar nunca. A pesar del fraude, Mike me deseó buen viaje, yo le convidé azúcar, y feliz, volví a subir al auto de Óskar a escuchar canciones reveladoras.

Así funcionan las cosas

Desperté hecho una seda tras el llamado a desayunar. Eso es lo bueno de la quimiosíntesis: la impermeabilidad distante, nada pareciera afectarte. Apenas abrí un foco, verifique que mi dinero siga en el lugar correcto y miré las nubes por la ventanilla del avión. Tuve que sacudir a Ainea, que roncaba con ganas y la boca abierta. Nos despabilamos con café amargo, tostadas y jugo de manzanas y enseguida el comandante anunció los preparativos del aterrizaje: "*Sobre el tiempo en nuestro destino, informamos que la temperatura es de unos dos grados bajo cero, con algunas nubes rotas, pero trataremos de que las remienden antes de nuestra llegada. Muchas gracias, y recuerden que nadie les quiere más a ustedes, y a su dinero, que Aerolíneas Argentinas*". La tórrida prosa comercial. Todos los pasajeros rieron y aplaudieron al tocar suelo español. Atravesé los niveles burocráticos de cualquier estado descrito por Kafka: aduana, inmigraciones, y así, hasta completar los formularios correspondientes. Ainea, que era residente española, accedió rápidamente por otra fila y se sentó en un banco a esperarme. Una vez liberado, compramos cigarrillos en la tabaquería ubicada al ingreso de la primera terminal, frente a la escultura de Botero, *Rapto de Europa*, a la que los nativos llaman *Gorda*, y caminamos hasta la plataforma nro. 4, donde un autobús muy elegante partiría rumbo al golfo de Vizcaya. Allí emergían dos *marroquíes*, una botella de ron y tres grandes cabezas de bronce, llamadas *Coqueta*, *Realista* y *Soñadora*, creadas por el pintor y escultor valenciano Manuel Valdés, fundador del Equipo Crónica y Premio Nacional de Artes Plásticas en 1983. Cada una de ellas tiene grabada en los pechos

o en la base, un texto de Mario Vargas Llosa, creados ex profeso para que estas tres damas de bronce dialoguen entre sí. "Envídienme, envidiosas", concluye la cita de *La Soñadora*: "Sí, sí, yo soy, ama y señora del espejismo y de los sueños". No importa hacia donde apuntes las retinas: en el aeródromo Adolfo Suárez hay arte en todas partes. En la segunda terminal, por ejemplo, me pareció divisar un mural de Miró, pero no quise detenerme y demorar a Ainea. Ayudé a cargar su equipaje, dos enormes valijas al límite de los 23 kg permitidos, y ella, conmovida, devolvió gentilezas explicándome la manera de alcanzar *La Gran Vía* a través del subterráneo. Nos despedimos con un beso por mejilla, de cara al incipiente sol de Madrid de las tres de la tarde. - "*Todos tus sueños están hechos DE LIMONADA DE FRESA y gajos de melón. Deberías visitar San Sebastián a fines de Septiembre, con la llegada del otoño y el festival de cine. Te encantaría*", me dijo al oído. Y nunca más volvimos a vernos